

Invertir en África

Jaime Malet



Cada verano marca la temporada de las grandes migraciones en cayucos y pateras desde África hacia Europa. Hombres, mujeres y niños dejan sus países con la esperanza de mejorar sus oportunidades en nuestro próspero, ordenado y seguro mundo. Lamentablemente, miles mueren en el intento.

El año pasado llegaron a Europa unos cuatro millones de emigrantes legales e ilegales. Más de 250.000 vinieron por el Mediterráneo arriesgando sus vidas; es imposible saber cuántos perecieron en el camino. Este no es solo un problema de Europa. Allá donde el primer mundo penetra en los hogares del tercer mundo a través de la televisión e internet, se generan anhelos irrenunciables de empezar una nueva vida dejándolo todo atrás.

Es también un problema muy nuestro. Aunque nos separa un "muro de agua" de 14 km en el estrecho de Gibraltar, la frontera que compartimos con África es, junto a la de las dos Coreas y la de EE. UU. con México, una de las más desequilibradas del mundo en renta

per cápita. El flujo migratorio no cesará porque la movilidad es inherente al ser humano. Desde el inicio de los tiempos las personas han emigrado en busca de comida y seguridad. También por cambios climáticos, como el calentamiento global, que hoy está causando sequías y hambrunas en el África subsahariana. Y no es posible devolver a todos los emigrantes ilegales a sus países de origen ni integrar a tantos en nuestras sociedades. Las medidas que se están tomando tampoco podrán frenar esta oleada: el refuerzo policial, las cámaras de reconocimiento facial, los drones y la subcontratación de procesos de devolución a terceros países no serán suficientes.

El objetivo es la consolidación de una clase media robusta en África

Las consecuencias son evidentes: ruptura progresiva de la convivencia en muchas comunidades por la dificultad de integrar a tantas personas no formadas y de culturas tan diversas y el aumento de posturas políticas cada vez más intolerantes. Esto sin contar con el verdadero drama: el de los muchos que perderán la vida anónimamente en el mar.

Hay una manera de frenar esta avalancha:

invertir en África. En términos de mercado, las posibilidades son fabulosas. El crecimiento poblacional, uno de los principales motores de cualquier economía, es exponencial. El continente alberga unos 1.400 millones de personas, cifra que casi se duplicará hasta los 2.500 millones para el 2050. Nigeria, que tenía 123 millones de habitantes al iniciarse el siglo XXI, terminará el siglo con más de 2.000 millones.

Las razones del subdesarrollo económico africano son variadas, pero una evidente es la dificultad histórica de construir infraestructura para conectar las poblaciones en países con geografías y orografías insalvables. Hoy este problema se está mitigando gracias a las tecnologías de la información y soluciones *off-grid* que no requieren infraestructura civil: comunicaciones satelitales sin cable, energía sin tendido eléctrico, banca por internet, telemedicina...

Una inversión inteligente en África, liderada por Europa con el apoyo de EE.UU. y de otros países, y respaldada por las grandes multinacionales, debería centrarse en formar masivamente aprendices y técnicos en áreas demandadas por el primer mundo. Atendiendo al grado de excelencia, estos nuevos profesionales podrían optar entre quedarse en África o emigrar legalmente. Miles de centros de formación homogéneos se establecerían en el continente, con estrictos mecanismos de control para evitar la corrupción. El objetivo sería la consolidación de una clase media robusta que ancle en África los legítimos sueños de progreso de una mayoría de los africanos. ●